

Miércoles XXV del TO  
Ciclo B



25 de septiembre de 2024

Prov 30, 5-9

Sal 118

Lc 9,1-6

P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús escogió a los Doce<sup>1</sup> y fue enseñándoles poco a poco; y, antes de llegar al pasaje del Evangelio de hoy, Lucas concluye la sección con los milagros realizados por el Maestro. Colocado inmediatamente después de toda esta serie de «milagros», este episodio del envío de los Doce funciona como conclusión de todo ese conjunto. Después, como digo, de un período en el que Jesús ha ido formando a sus testigos, ahora los envía a poner en práctica su propia misión, incluso ahora, en el llamado «tiempo de Jesús»<sup>2</sup>.

Ahora se ve con claridad qué es lo que pretendía Jesús al escoger a sus doce colaboradores; aquella elección les destinaba a participar en la propia misión de Jesús, es decir, en la proclamación del Reino de Dios. Ya les dijo antes que a ellos se les había concedido el privilegio de conocer «*los secretos del Reino*»<sup>3</sup> y que «*no hay nada oculto que no deba manifestarse*»<sup>4</sup>. Ahora les da «*poder y autoridad*» no sólo para la proclamación del Reino, sino también para ayudar al ser humano en sus deficiencias, tanto físicas como mentales. Jesús les comunica una participación en su «*poder*» y en su «*autoridad*»; más tarde, con la resurrección, la misión adquirirá nuevas perspectivas.

Ya Lucas había utilizado con anterioridad esas dos palabras, «*poder*» y «*autoridad*», para describir ciertas actuaciones de Jesús que definían su personalidad<sup>5</sup>. Jesús confiere a los Doce una participación en el dominio que él mismo posee, como mensajero de Dios. Y ahora eso se convierte en don para los Doce. Creo que esto nos ofrece una interpretación muy sugerente para nuestra vida: la personalidad de Jesús, en sus diferentes aspectos, puede convertirse en dones para sus seguidores. La transformación en Jesús, es exactamente esto: la acción del Espíritu Santo, con sus dones, transforman al cristiano con los mismos rasgos de la personalidad de Jesús.

Es interesante notar que, en la narración de Lucas, también Jesús concede esa participación de Él mismo a sus discípulos antes de enviarles<sup>6</sup> a proclamar el Reino y a curar a los desvalidos, lo que nos da otra interesante idea para la reflexión: ¿cómo puedo lanzarme a la proclamación del Reino sin antes contemplar a Jesús? Nos da la idea de la contemplación y la misión: las dos igualmente importantes, pero la segunda procedente de la primera:

---

<sup>1</sup> 6,13

<sup>2</sup> Cfr. JOSEPH A. FITZMYER. *El Evangelio según Lucas. III. Traducción y comentario*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1987

<sup>3</sup> 8,10

<sup>4</sup> 8,17

<sup>5</sup> Su «poder», en 4,14. 36; 5,17: 6,19; 8,46. Y su «autoridad», en 4,32-36; 5,24

<sup>6</sup> Como nota curiosa, el verbo en griego para enviar es *apesteilen*, de donde deriva la resonancia de «apóstoles»

«ante todo contemplativos, después hombres de acción», diría el fundador de los Misioneros del Espíritu Santo, Félix de Jesús Rougier.

En una serie de imperativos, Jesús plantea los condicionamientos externos que habrán de presidir la misión de sus enviados. Tendrán que moverse sin un acopio embarazoso de provisiones, de modo que nada pueda distraerlos de su cometido. El prescindir de todas esas ayudas puede parecer, a primera vista, como una manifestación de «pobreza» o de «desprendimiento»; pero más bien debe ser una indicación de su **absoluta confianza en la providencia de Dios**. El seguidor de Jesús está colgado solamente de Dios<sup>7</sup>.

La debilidad de los misioneros no supone un obstáculo para la eficacia del anuncio, e incluso **se convierte en el lugar en el que se manifiesta el poder de Dios**, que manda caminar en la pobreza. Los discípulos disponen ya, en efecto, de lo esencial: Jesús, que está en ellos, se convierte en su alimento y en su médico, donante y único don verdadero. Él constituye su riqueza suficiente, y a ellos no se les pide otra cosa que poner su confianza en Jesús, entregarle todos los resultados y perseverar con él en la mansedumbre y en la paz incluso cuando sean rechazados. Se trata, pues, de responder simplemente a la llamada de Jesús, en obediencia al Evangelio, de abandonar los criterios humanos de la eficiencia cada vez más sofisticada y empezar a vivir de él y para él<sup>8</sup>.

Por tanto, la eficacia de la misión es directamente proporcional a la confianza y al abandono del misionero, independientemente de sus cálculos y previsiones, que serán importantes, sí, pero no fundamentales. Deberán aceptar la hospitalidad de los que les reciban y sentirse verdaderamente satisfechos. En la medida en que un apóstol se apoye sobre sí mismo, o tema que algo le falte mientras realiza la obra de Dios, su misión se torna ineficaz, porque pasa a ser del hombre y no de Dios. Pero también tienen que estar preparados para la repulsa; en cuyo caso, su reacción deberá ser de lo más tajante: *«Márchense de su ciudad y sacúdanse el polvo de vuestro pies»*; es una acción simbólica que quiere significar la separación absoluta de todo lo que va asociado con ese rechazo.

¿Y qué es lo que hicieron los Doce durante esa misión? Pues en realidad no sabemos nada de nada. Lucas propone un ulterior envío (el grupo distinto de los setenta y dos discípulos)<sup>9</sup>, pero tampoco de ahí podemos sacar ninguna información al respecto. Pero sí podemos deducir que la misión fue eficaz en dar a conocer a Jesús, puesto que *«Herodes se enteró de todo lo que pasaba»* como se nos dice en el texto inmediatamente posterior al de hoy; expresión que debe entenderse de la obra de los discípulos de Jesús y de la del mismo Jesús.

---

<sup>7</sup> Cr. MIGUEL ÁNGEL FUENTES. *Comentario al Evangelio de San Lucas*. Ed. Apostolado Bíblico. San Rafael, Madrid, 2015

<sup>8</sup> ZIVINI G. *Lectio divina para la vida diaria. El evangelio de Lucas*. Ed. Verbo Divino. Madrid, 2009

<sup>9</sup> 10,1-12